

Víctor Bravo

**Figuraciones
del poder y la ironía**

Esbozo para un mapa de la
modernidad literaria

Monte Ávila Editores
Latinoamericana

CDCHT
Universidad de Los Andes

ÍNDICE

LO REAL, EL LENGUAJE Y LA CONCIENCIA IRÓNICA	9
SIGNOS DE LO REAL	13
Las tres esferas de lo real	19
Lo real es el orden	24
Dos formas de poder	26
Legitimación divina del poder	26
Homo Homini Lupus	28
Vox populi vox dei	32
Formas de poder en la escena literaria	33
Microfísica del poder y masificación de los medios	43
El orden y el paradigma cósmico	46
PRESUPOSICIONES DE LO REAL	55
El sujeto por fin cuestionado	55
La temporalidad y la experiencia humana	59
El espacio y la objetivación de lo real	73
El lenguaje y la objetivación de lo real	77

IRONÍA, VÉRTIGO DEL SENTIDO	87
Los procesos textuales de la ironía	92
La paradoja y la imposibilidad de lo real	93
Lo absurdo y la experiencia de la alteridad	98
La parodia, metamorfosis de la identidad	117
Lo grotesco y el horror a lo corporal	122
ALEGORÍA Y HUMOR: LA RECONSTRUCCIÓN DEL SENTIDO	129
CONCLUSIONES: IRONÍA Y MODERNIDAD	135
BIBLIOGRAFÍA	141

LO REAL, EL LENGUAJE Y LA CONCIENCIA IRÓNICA

La antigua alianza está rota; el hombre sabe al fin que está solo en la inmensidad indiferente del universo.

Jacques Monod

LA VISIÓN IRÓNICA es la visión nacida en las entrañas mismas de la cultura moderna. Superando la persistente ceguera del discurrir cotidiano que afirma las presuposiciones de lo real y de la verdad como los horizontes plenos del existir, la visión irónica pone en evidencia inesperados pliegues y vertientes donde no es la certeza sino la incertidumbre y la incongruencia, no el reconocimiento sino el sinsentido lo que quiere brotar como lo indomitable y el vértigo que siempre, por más que los ignoremos, nos acosan.

Cicerón y Quintiliano estudiaron la ironía en la amplia tela de la retórica, pero el hombre moderno ha ido más allá de esos límites y ha transformado la ironía en perspectiva de una visión del mundo, en la expresión misma de la conciencia crítica que le ha dado, en los momentos de mayor lucidez o vértigo, el poder de separarse de las identidades, de los imperativos, de cuestionar las evidencias y presupuestos de lo *real*, y asomarse, con la lámpara de la reflexividad, al abismo de la negatividad y de los estremecimientos; abismo donde el ser, en el resquebrajamiento de su identidad con lo divino, en ese proceso único en la historia de las culturas que Weber ha llamado «desencantamiento», muestra su fragilidad y su escisión, y asume la angustia como padecimiento y expresión. En este contexto, la verdad, guía y certeza en

irónica en el tramado estético de la literatura? La expresión literaria ha mantenido, desde siempre, una compleja relación de fidelidad y/o traición con lo real: o se subordina a lo real para ser su más prestigiosa propagandista, o rompe amarras y muestra sus fulgurantes capacidades de crear propios universos: la identidad y la diferencia han acompañado a la literatura en su amistad y en su enemistad con lo real. La literatura moderna, partiendo de esas dos grandes imantaciones (la identidad y la diferencia) ha desarrollado diversos procesos textuales de la ironía: procesos de la diferencia, como la paradoja y el absurdo que, en su capacidad de refutación de lo real, abren la posibilidad de mundos imposibles; y procesos de la identidad, como la parodia y lo grotesco, la alegoría y el humor, que, en una afirmación paradójica de lo real, crean posibilidades expresivas, y reconstrucciones de sentido, en el turbión mismo de la negatividad.

La ironía socava, niega y afirma lo real; pero, ¿qué es lo real, ese horizonte donde alcanza su sentido, o su máscara, el existir?

SIGNOS DE LO REAL

El mundo es mi representación: esta verdad es aplicable a todo ser que vive y conoce, aunque sólo al hombre le sea dado tener conciencia de ella.

Schopenhauer

CADA CULTURA se diferencia y caracteriza por su modo de entender lo real; cada cultura «construye» los promontorios e inflexiones de su realidad, pero lo real se muestra como si estuviese desde siempre afirmado por los signos de la objetividad y la universalidad. Así, el hombre de la Edad Media y de las sociedades tradicionales y míticas concibe lo real como engendrado de raíces ontológicas: lo real está allí, dispuesto por fuerzas superiores, y el existir se realiza en procesos de identidad y reconocimiento con esas formas de lo real. Si el Renacimiento inicia una nueva forma de organización cultural en Occidente y, por tanto, una distinta forma de entender lo real, es posible observar hasta finales del siglo XVI, tal como lo ha demostrado Foucault, una realidad engendrada por «la imaginación de la semejanza», por el permanente reconocimiento de los signos.

Hasta finales del siglo XVI —señala Foucault (1966: 26)—, la semejanza ha desempeñado un papel constructivo en el saber de la cultura occidental. En gran parte, fue ella la que guió la exégesis e interpretación de los textos; la que organizó el juego de los símbolos, permitió el conocimiento de las cosas visibles e invisibles, designó el arte de representarlas. El mundo se enrollaba sobre sí mismo: la tierra repetía el cielo, los rostros se reflejaban en las estrellas y la hierba

ocultaba en sus tallos los secretos que servían al hombre. La pintura imitaba el espacio. Y la representación —ya fuera fiesta o saber— se daba como repetición: teatro de la vida o espejo del mundo, he allí el título de cualquier lenguaje, su manera de anunciarse y de formular su derecho a hablar.

Si, como hemos recordado, se puede señalar el año mil quinientos como el iniciador de una nueva forma de cultura donde grandes acontecimientos —Reforma, Descubrimiento, teoría copernicana...— estremecen y cuestionan los firmes reconocimientos de lo real y la verdad, si a partir de entonces se abre una fisura y la cultura adviene un pensar desde la diferencia, tal como luego trataremos de señalar, es importante indicar, no obstante, que los procesos instauradores de lo real por el reconocimiento y la identidad no fueron ni han sido derrotados: éstos se encuentran, permanentemente, en los actos del existir, pues son constitutivos con la estructura del lenguaje. En su tarea comunicativa, que tiene en la condición de verdad su fundamento, el lenguaje otorga de manera incesante, al hablante y a la cultura, estructuras homólogas con lo real, que Nietzsche ha llamado estructuras de dominio, que fundan criterios, valoraciones, efectos de objetividad. «Todas las lenguas —señala Habermas (1988: 179)— ofrecen la posibilidad de distinguir entre aquello que es verdadero y aquello que tenemos por verdadero. La pragmática de todo uso del lenguaje lleva inscrita la suposición de un mundo objetivo común. Y los roles dialógicos de cada situación de habla imponen una simetría de las perspectivas de los participantes. Abren a la vez la posibilidad de la mutua asunción de perspectivas entre *ego* y *alter*, así como la canjeabilidad de las perspectivas del participante y del observador.»

El pensar irónico, que se fundamenta en la diferencia, supondrá de este modo no sólo una crítica a lo real sino también una crítica al lenguaje: el cuestionamiento de sus procesos de identificación y el hallazgo, en el lenguaje mismo, de vertientes de diferenciación desde donde es posible nombrar la dualidad y la escisión del ser y del mundo.

La idea de un devenir del mundo —nos dice Habermas (1988: 33)— que se efectuaría a través de diferencias sistema-entorno, deja fuera de juego a las premisas ontológicas habituales de un mundo del ente racionalmente ordenado, de un mundo de objetos representables referidos a los sujetos cognoscentes, o de un mundo de estados de cosas existentes susceptibles de representación lingüística.

Sin duda que la visión desde la diferencia, el distanciamiento irónico, en su lucha con los procesos lingüísticos y culturales de la identidad, no es asumida, en el interior de una cultura, por los integrantes posibles de ser sometidos a censos y estadísticas, sino que se manifestará fundamentalmente, en la conciencia crítica que atravesará ciertas esferas de la cultura: la esfera ética y, como lo señalara Adorno, la esfera estética.

La modernidad rompe así con «las premisas ontológicas» de lo real y nos enfrenta a una de las formas más complejas de la dualidad del mundo al revelar que lo real es, en cierto sentido, una construcción, un enrejado creado por la cultura misma que nos impone todas sus formas de reconocimiento. Un filósofo como Jean François Lyotard (1983: 16) ha llevado este señalamiento a sus extremos:

La realidad no es aquello que «se da» a este o aquel sujeto; la realidad es un estado del referente (aquello de que se habla) que resulta de efectuar procedimientos de establecerla definidos por un protocolo unánimemente aceptado y de la posibilidad que cualquiera tiene de recomenzar esa realización tantas veces como lo desee.

Lo real es así «lo establecido», y todo proceso no consciente de identificación es una ceguera, una forma de dominio, tal como lo advirtiera Nietzsche. Lo real, su exigencia de reconocimiento e identificación, puede ser visto como una asunción de sometimiento, y el pensamiento moderno ha reaccionado contra las formas opresivas que le son consustanciales a lo real, señalando su génesis constructiva, su constitución como representación frágil y, desde cierta perspectiva, provisoria.

El pensamiento moderno —señala Deleuze (1968: 32)— nace del fracaso de la representación, a la vez que de la pérdida de las identidades, y del descubrimiento de todas las fuerzas que actúan bajo la representación de lo idéntico. El mundo moderno es el mundo de los simulacros.

Si lo real se desprende de su razón ontológica y adviene construcción, conjunto de pautas y restricciones, de presuposiciones y reconocimientos, el pensamiento emancipador señalará las formas de dominio y de reificación que lo real instaura. Quizás ésta sea una de las más apasionadas empresas de la modernidad e, incluso, en muchas de sus vertientes, la génesis de sus escepticismos, al develar la imposibilidad de salir de esas redes reificadoras. Quizás, después de Nietzsche, nadie como Roland Barthes (1978: 13), en su *Lección Inaugural ante el Colegio de*